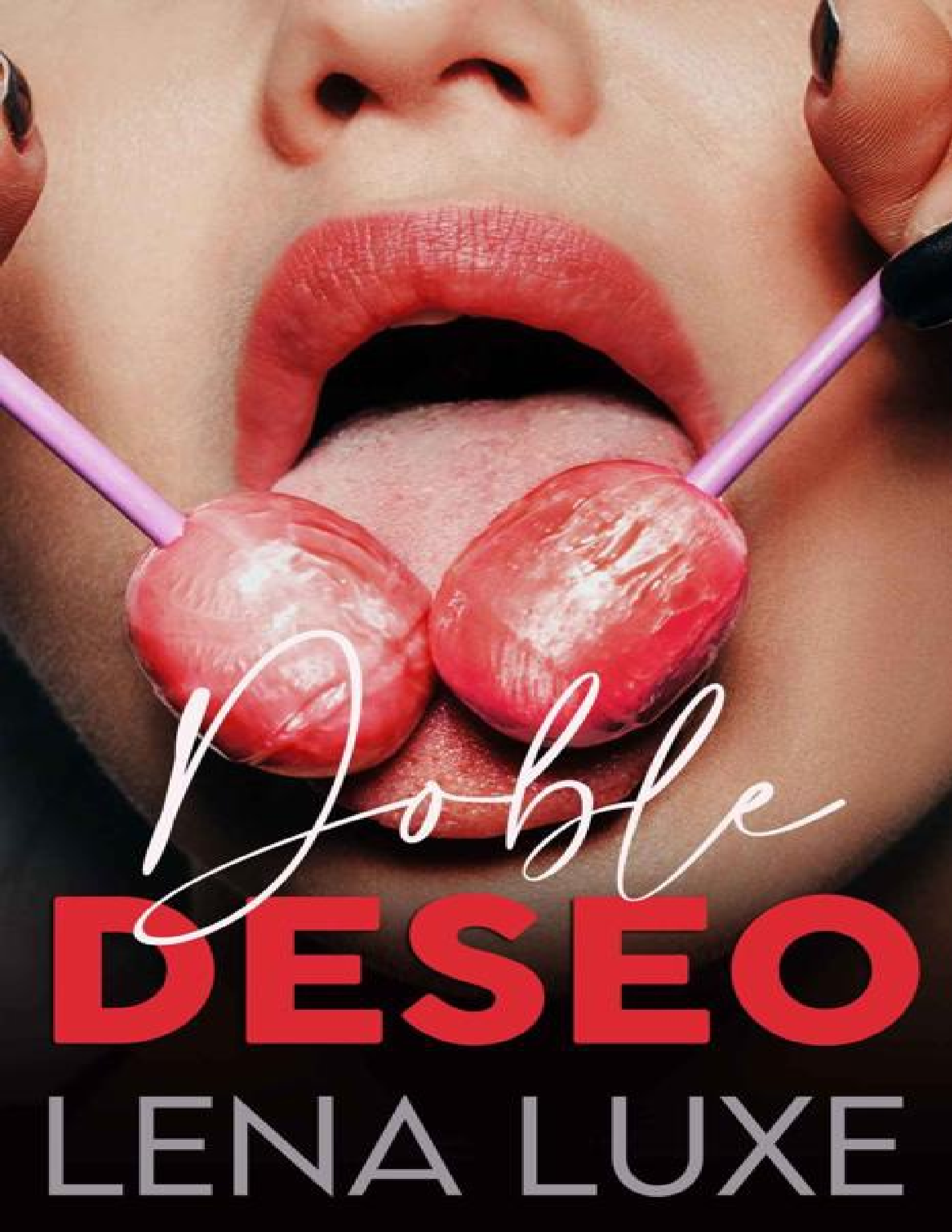
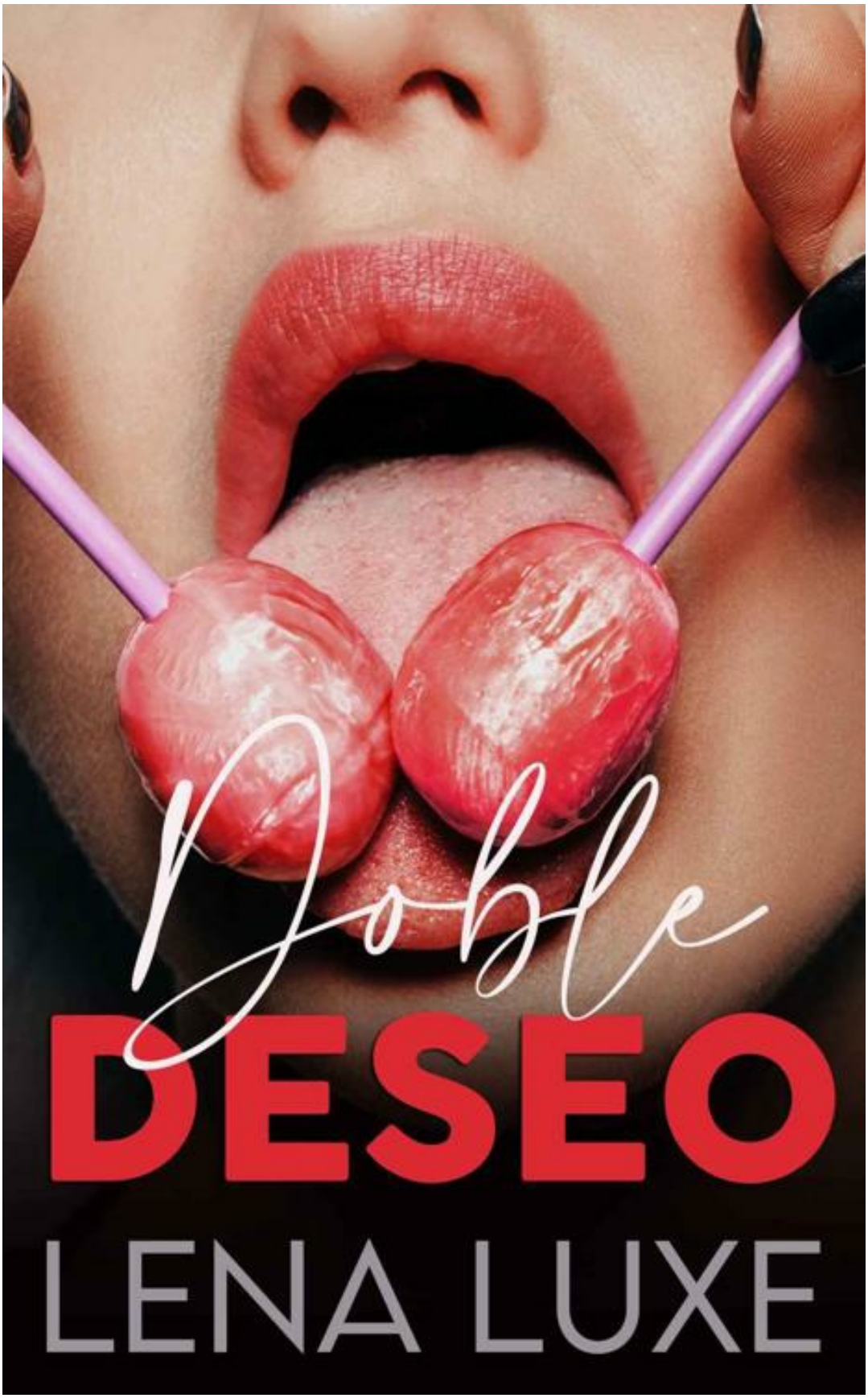

Doble
DESEO
LENA LUXE


Doble
DESEO
LENA LUXE

Contenido

Créditos
Trigger
Sinopsis
DOBLE DESEO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CONTENIDO EXTRA
CAPÍTULO 1
Otros títulos

DOBLE DESEO

Crónicas Vixen

Primera edición: Septiembre 2023

Copyright © Lena Luxe, 2023

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Los relatos de Lena Luxe incluyen contenido de carácter sexual y lenguaje explícito.
Son solo para adultos.

SINOPSIS

Lo ve todas las mañanas a la misma hora, en el mismo vagón del metro.

Es un joven guapo e irresistible que la mira con deseo, la desnuda con los ojos.

Un día, la distancia entre ellos se acorta. Sus cuerpos se tocan y se encienden. *Asegúrate de no llevar bragas la próxima vez que te vea*, le dice entonces el desconocido del metro.

Un relato erótico que narra el desenfreno entre una mujer madura y un chico joven entregados a sus más bajos instintos.

DOBLE DESEO

Crónicas Vixen

LENA LUXE

CAPÍTULO 1

Si alguien se hubiese acercado a mi ventana habría visto claramente el leve balanceo de mis pechos. Sin embargo, Chris y yo lo hacíamos siempre con la luz apagada. A oscuras, pero junto a la ventana, con la cortina entreabierta. Si nos parábamos a pensarlo, cualquiera que pasara por la calle podría vernos.

Esa tarde había cierto revuelo en el barrio, pero nosotros seguíamos a lo nuestro. Hacía mucho tiempo, —años—, que la situación con Chris era la misma.

Los acuerdos de nuestra "relación" no se habían movido ni un milímetro. Eran, además, muy simples y no dejaban ningún espacio para la confusión: él venía a casa todos los viernes por la tarde entre las seis y las ocho y me follaba mientras yo miraba por la ventana.

No era que yo tuviese especial interés por nada que sucediera en mi aburrido barrio de clase media. Vivía en una calle tranquila, poblada de casas de planta baja.

Lo que pasa es que Chris fantaseaba con la posibilidad de que mis vecinos me viesen.

Y no sé muy bien cómo, me había contagiado ese entusiasmo.

Esa tarde me agarraba con firmeza de las caderas y me animaba a que me encaramase junto a la ventana de salón. Su polla me taladraba desde hacía unos diez minutos. Debo confesar que había desconectado hacía más o menos el mismo tiempo.

—No, no, no. Ya sabes cómo me gusta, Eva —me dijo—. Quiero que tus tetas estén completamente fuera del corsé. Que golpeen el cristal.

Me las saqué de todo. Pensé que solo era suficiente con que desbordasen el encaje de mi carísimo *bustier*.

En ese momento empezó a darme con más energía. *Por fin*, pensé. *Tomo nota.*

Chris me las agarró. Eran de un tamaño considerable y le gustaba amasarlas bien. Durante la semana me pedía que le enviase fotos de mis tetas. No solía hacerlo, pero supongo que le bastaba con imaginárselas para satisfacerse.

—Eso es —gimió—. Aplástalas contra el cristal. Uf, sí. Sí, sí, sí. Joder, ¡son enormes! Que todos vean lo guarra y exhibicionista que eres, Eva. Te gusta que te vean, ¿a qué sí? Que admiren tus tetones.

Eso bastaba para calentarlo.

Estaba llegando al clímax, lo sentía.

Pero yo no.

Y por primera vez en mucho tiempo, no me importaba no correrme.

Lo que estaba pasando en la calle, en la casa de enfrente, era más interesante que aquel polvo descafeinado. Creo que Chris, entregado a su frenesí habitual de los viernes, ni siquiera se había dado cuenta de que un camión de bomberos había aparcado frente a la puerta de la señora Aurora, mi vecina. Vivía sola y era mayor, tenía más de ochenta y cinco años, aunque se conservaba francamente bien.

Se bajaron dos mozos del camión y merodearon por la puerta de Aurora, junto a la verja. Dios mío, ¿había pasado algo?

Chris pareció excitarse aún más con las luces. Empezaba a anochecer.

—Nena…estoy a punto de….

Gimió.

Me dio una última embestida.

Hasta el fondo.

No alcancé mi propio orgasmo, pero en ese momento no me importó. Estaba hipnotizada por culpa de los dos bomberos que observaban la fachada de la casa de Aurora.

Retiré mis pechos de la ventana, donde habían aterrizado unas minúsculas gotas de sudor.

Me aparté de él.

—He de ir a ver qué está pasando ahí fuera —le dije a Chris.

Se encogió de hombros, satisfecho. Sabía muy bien que no le importaba exactamente lo que hiciese después de cada uno de nuestros encuentros. Chris y yo llevábamos años con aquel asunto esporádico y respetábamos los espacios del otro. Sabía muy bien qué pasaría a continuación: él se vestiría y se marcharía.

Los viernes por la noche solía ir a un pub del centro a tomar una copa. Era un hombre extremadamente rutinario, aunque muy atractivo para sus cuarenta y ocho años —exactamente tres más que yo—.

A veces me invitaba a que lo acompañase, y en días de extremo aburrimiento salía con él a tomar algo. Pero no era algo que me entusiasmara. Lo nuestro no era la conversación. Lo nuestro era follar junto a aquella condenada ventana.

El problema era el que os contaba: que hacía semanas que yo no me corría.

Tal vez meses, no lo sé.

Me excitaba lo que me hacía y sobre todo las auténticas burradas que vertía en mi oído. Guardaba sus sucias palabras en mi memoria y luego me masturbaba durante la semana. Las atesoraba. Podía decirse que me gustaba más el recuerdo de Chris que las dos horas de contacto carnal que nos concedíamos los viernes por la tarde.

Tal vez tenía que evaluar si merecía la pena seguir con aquello.

A lo mejor me convenía cambiar de plan.

Tendré que pensar en ello, pensé. Pospuse cualquier decisión hasta que estuviese sola.

Lo de Chris era cómodo y conveniente. Si no me había enamorado de él a esas alturas ya no iba a pasar, así que cada vez estaba más convencida de que no lo echaría de menos si desaparecía de mi vida.

Mientras yo me ponía una camisa blanca y la abrochaba a toda prisa, él se asomó a nuestra ventana.

—¿Qué está pasando ahí?

—No lo sé, es lo que quiero comprobar. Aurora es una persona mayor, creo que no tiene demasiada familia…y la verdad es que estoy pendiente de ella.

—¿Aurora?

—La vecina de enfrente. Donde están los bomberos. Es una anciana. Al menos me aseguro de que la voy viendo regularmente.

—Ahá. ¿Y cuál fue la última vez que la viste?

Pensé un segundo.

—Hace dos días. No. Ayer. Fue ayer por la mañana, seguro.

—¿Y qué quieres comprobar, exactamente, Eva?

Que no ha muerto, quería contestar. Pero no sé por qué, no quería pronunciar esas palabras.

—Que todo está bien, simplemente.

Chris suspiró, mientras se abrochaba los botones de las mangas de su camisa. Al principio insistía en que solo yo me desnudase, pero le dije que ni de coña. Yo también quería tocar su piel. Recuerdo que al principio me sorprendió que estuviese tan macizo y que no quisiera exhibirse más, la verdad.

Con el tiempo llegaron los corsés. Los compró todos él, para mí. Supongo que ese era su fetiche máximo. Que me pusiera un corsé y que mis pechos acabaran desbordándolo. Gracias a eso ahora tengo una colección envidiable.

—Está bien —me dijo, resignado—. Yo he de irme. Aunque… Eva. Últimamente he estado pensando en algo.

Lo va a hacer. Va a anunciarme que no vendrá más a verme, pensé.

En ese momento supe que era lo mejor que me podía pasar. El hecho de que no me corriese como antes era del todo inadmisible.

—Hace mucho tiempo que nos vemos. He pensado que…¿qué te parece si salimos a cenar un día?

Algo se me quebró por dentro.

No podía decirle en ese momento que no, que lo máximo a lo que me podía comprometer era a seguir abriéndole la puerta todos los viernes, y eso solo si aceptaba algunos cambios en nuestra dinámica. Si me permitía abrir la ventana, gritar un poco, pensar en cómo se excitarían mis vecinos a izquierda y derecha si nos oían joder como locos… Como al principio.

Sonreí.

Era demasiado diplomática como para rechazarlo de manera frontal.

—Lo pensaré, Chris. Pero ahora tengo que irme.

Tengo que irme, en realidad, significaba *tienes que irte.*

CAPÍTULO 2

Me acerqué al enorme camión rojo que había cambiado la dinámica, la energía de nuestra tranquila calle. Vi a cuatro bomberos. Uno permanecía allí subido, detrás del volante. Otro tenía medio cuerpo metido en la parte trasera del vehículo y los otros dos…los otros dos eran los que estaban llamados a la acción.

Y menuda acción.

Eran casi dos críos.

¿A qué edad se puede ser bombero? ¿Se puede tener veinticuatro o veinticinco años y haber desarrollado semejantes cuerpos? Sus caras eran algo aniñadas, pero aquellos brazos…podrían abrazar como un oso.

Los dos me sonrieron al verme. Yo era una interrupción en la labor que estaban llevando a cabo, saltaba a la vista, así que les correspondí con una pícara sonrisa.

—Buenas tardes, señores. ¿Ha pasado algo con Aurora?

Uno de ellos, el rubio, el que parecía algo más joven, arqueó las cejas. Supongo que lo de "señores" era una pequeña salida de tono.

—Soy la vecina de ahí enfrente —aclaré.

Entonces pensé que tal vez nos habían visto. Chris y yo solíamos follar a oscuras, y sin duda el verano llegaba a su fin y la noche llegaba antes. Pero no sé, no podría jurar que esos dos no hubiesen…

—Todo está bien con la señora Aurora —murmuró el que estaba a su lado, algo más alto…y más recio. Su compañero tenía la cara algo más aniñada. Me di cuenta de que tenía el pelo atado en una pequeña coleta.

Me imponían aquellos uniformes algo sucios, y al parecer ellos se dieron cuentas. El rubio miró en dirección a mi escote. Enseguida me di cuenta de que uno de mis botones se había desabrochado, dejando entrever mi rebosante corsé.

Básicamente, estaba viendo mi ropa de batalla, impuesta por Chris, mi amante de los viernes, y adoptada alegremente por mí y por mis contundentes curvas.

El rubio abrió la boca como si le faltase el aliento. Tenía una mancha de grasa en la mejilla. Me apetecía tanto lamerla…

—La dueña de la casa está bien —me dijo el alto de la coleta—. Nos ha llamado ella, de hecho. Al parecer se ha marchado esta semana, de escapada de fin de semana. Está en la costa. Soy Álex, por cierto. Este es mi compañero, Leo.

Apreté la mano que me extendía, aunque sabía muy bien que, en un contexto como ese, las presentaciones no eran necesarias. Para mi desgracia no los iba a volver en mi vida, a no ser que me dedicase a quemar las cortinas de mis queridos vecinos.

—Yo soy Eva. ¿Y por qué os ha llamado?

—Tiene una alarma antiincendios instalada. Al parecer ha saltado y ha provocado una pequeña inundación. Pero ya se ha parado. Tiene una aplicación en su móvil y la ha avisado.

Pero no va a ser necesario que actuemos, ya que la señora tampoco está. Porque usted no tiene la llave de la casa, ¿no?

—No me trates de usted, por favor. No soy tan mayor…

El chico se relamió. *Qué poco discreto,* pensé. Tal vez le ponen cachondo los corsés.

Estaba decidido.

Quería follármelo.

No hay nada que me ponga más que un tipo atractivo que DEMUESTRE que se siente atraído por mí, que quiere verme desnuda. Y aquel chico lo estaba deseando. Lo leía en sus ojos.

Y ya que era necesario que actuasen…

—¿Todo bien en tu casa, Eva? —me preguntó.

Caminamos un poco en dirección al jardín de la señora Aurora.

—Sí. Solo quería asegurarme de que estaba bien ella. Pero no sabía que estaba de viaje. Es una señora mayor, a pesar de que tiene una energía envidiable. Pero vive sola y a esas edades… ya se sabe…

—Eres una buena vecina. Salta a la vista.

Me mordí el labio.

Todo lo que no había disfrutado con Chris estaba al alcance de mi mano. Solo tenía que inventarme cualquier excusa y arrastrarlo hasta mi casa. Chris ya había desaparecido hacía unos minutos. Ni siquiera había hecho el amago de acompañarme a hablar con los bomberos, cosa que había agradecido. No se fue muy contento después de mi negativa a cenar con él.

Miré al rubio.

Leo.

Un auténtico león. Uf. Se quitó la parte superior del mono. Se estaba mirando en uno de los espejos retrovisores del camión, observando la mancha de grasa que adornaba su bonita cara.

También me gusta, pensé. Observé sus brazos fuertes y potentes. Algunas venas los recorrían. Los dos tenían esos cuerpos recios naturales que son producto del trabajo duro, no del gimnasio.

Álex se dio cuenta de cómo miraba a su compañero.

Entonces dio un paso adelante, dejándome las cosas muy claras:

—No hay nada que me ponga más que una mujer dentro de un corsé. Y he visto que llevas uno debajo de esa camisa. Sé que esto está totalmente fuera de lugar pero, ¿me lo enseñarías?

Hablé rápido, porque sabía muy bien que si me callaba y dejaba que mis mejillas se enrojeciesen perdería mi oportunidad de ser follada hasta la extenuación por aquellos dos.

Lo miré a los ojos e intenté que no me temblara la voz. No era alguien especialmente pudorosa, pero soy de las que piensa que un buen orgasmo no tiene precio.

—Te lo enseñaría a ti….y a tu compañero. Si me acompañáis a casa, claro.

Álex echó la cabeza atrás, sonriendo.

—No acostumbro a compartir ese tipo de cosas, pero por ti podría hacer una excepción. Déjame ver qué puedo hacer.

Reculé unos pasos. Quería cruzar la calle para ver si me seguían. No estábamos siendo discretos. Sus dos compañeros, a los que no había prestado atención, pues eran bastante mayores que ellos y no eran mi plato preferido del menú para esa noche, parecían percatarse de la situación.

Álex se acercó a su amigo y le murmuró algo al oído.

Yo, por mi parte, había cruzado de nuevo la calle.

Ya estaba junto a la puerta de mi casa.

Solo tenía que girarme para comprobar si me habían seguido.

Cuando me di la vuelta me encontré con la figura imponente de Leo, el bombero rubio.

—Te he visto —me dijo—. Hace un rato junto a la ventana. Lo estabas haciendo, ¿verdad? He visto tus pechos aplastados contra el cristal. Te estaban dando por detrás.

Decir que me calenté sería subestimar la auténtica olla a presión en la que me había convertido. Aquellos dos jóvenes fornidos me seguían hasta mi casa, después de comunicar a sus compañeros que la vecina (yo) podría tener un problema similar en su casa y que iban a verificar mi alarma antiincendios.

No tengo ninguna alarma antiincendios.

Lo que tengo es un fuego mal apagado.

Y junto a mi puerta me encontré dos jóvenes bomberos. Justo lo que necesito.

CAPÍTULO 3

—Él solo va a mirar —me dijo Álex, mientras introducía dos de sus dedos entre los botones de mi camisa—. Pero primero déjame mirar a mí.

Observó a su compañero, buscando su aprobación. O más que su aprobación, confirmar que, efectivamente él solo iba a mirar. Lo cual no me gustaba en absoluto. Los deseaba a los dos. Quería que fuesen cuatro manos y no dos las que me recorriesen.

Maldito Chris, pensé. *Esto solo está pasando porque me has dejado insatisfecha. Porque no me has follado como es debido.*

—Debería lavarme las manos antes de tocar a esta diosa —dijo Álex.

—No —contesté—. Así está perfecto.

Me abrió la camisa. Mi corsé negro quedó expuesto. Los ojos casi se le cayeron de las órbitas.

—Te gusta que te digan cosas sucias, ¿verdad? Y te gusta que te toquen con las manos sucias.

Asentí.

Leo, el rubio, se desprendió de los tirantes que sujetaban sus pantalones. Dejó que estos se deslizaran hasta el suelo. Se quedaron encallados sobre sus botas. El hecho de que se las quitase o no podría darme una pista sobre cuánto iba a durar aquella sucia aventura. Quería que fuese sucia, sí, y por eso no iba a permitir que nadie se lavase. Quería que aquellos dos chicos se fuesen impregnados con mis jugos.

Leo se sacó la polla y empezó a acariciarla mientras nos observaba.

La miré con lujuria. ¿Qué era eso de que solo nos iba a mirar? ¿Había alguien más en su vida y por eso iba solo a recrear su vista? No debía pensar en eso, no era asunto mío. Por supuesto que iba a comerme aquella polla descomunal. Los dos eran muy guapos, pero aquel niñato rubio tenía algo especial.

Me quité la falda y le di una patada en cuanto aterrizó sobre mis pies, enviándola al otro extremo del salón. No llevaba bragas.

Busqué con ansia la manera de bajarle los pantalones a Álex.

—Vaya, la vecinita está muy necesitada, ¿verdad?

—Quiero comértela —le dije—. Y a él también.

—Eso ya lo veremos —contestó Leo. Ladeó la cabeza, buscando el mejor ángulo para ver cómo los dedos de su compañero se abrían paso en mi coño.

No me iban a desnudar del todo.

Parecían conformarse con contemplarme así, con el corsé a punto de desbordarse y la camisa blanca abierta de par en par.

Álex me cogió por la cintura y me dio la vuelta, encarándome con su compañero. Su polla ya estaba fuera. Me agarré a ella como si fuese una boya en medio del mar. Yo era una náufraga desesperada.

—Sácate un poco las tetas por encima del corsé pero no del todo. Aún no voy a jugar con tus pezones —dijo el *voyeur,* Leo —. Pero lo haré, si eres obediente.

Me incliné, e hice lo que me pedía. Liberé la parte superior de mis tetas de aquel corpiño opresivo. En ese momento, el dedo índice de mi compañero se deslizó por mi coño.

Me estremecí.

—¡Aaaaaahhhh! ¡Sí! ¡Eso es, cabrón!

Leo estiró el brazo que le quedaba libre y agarró una silla. La puso entre nosotros. Eso me dio un punto de agarre, más que una barrera de contención entre él y yo. Lo miré a los ojos mientras su compañero hurgaba en mi coño con sus dedos y él se masturbaba.

—Vaya. Parece que a la vecina la han dejado insatisfecha. Creo que voy a darle lo que necesita.

Me giré un instante y me encaré con Álex. Se había recogido su melena de nuevo en una coleta. Su piel estaba enrojecida y brillante. Era como si mi mano operase sola, hacía ya unos minutos que apretaba su polla, de considerable tamaño aunque no tan grande como la del bombero rubio.

—Apoya los brazos sobre el respaldo de la silla —me ordenó—. No quiero que te caigas.

Todo apuntaba a que iba a follarme ya. Por fin. Ninguno de los dos requeríamos de más preliminares. El morbo que los tres habíamos desatado en apenas unos minutos había elevado nuestra temperatura y ya solo había una cosa que podía rebajarla.

Buscó mi cintura, sujetándome por el corsé. Lo sentía como una armadura poderosa que me había dado el valor necesario para invitarlos a mi casa, para exigirles un orgasmo. Al menos uno.

Tal y como estaba, excitada como nunca lo había estado en mi vida, sabía muy bien que podía correrme en cualquier momento. Ni siquiera hacía falta que aquellos dos me tocasen. Me bastaba ser consciente del deseo con el que me miraban.

Álex puso su polla en la entrada de mi coño. Me revolví. ¿Por qué todos los tíos se empeñaban en montarme desde atrás?

—Quiero que te sientes en la silla —le dije—. Y quiero que me empales. Quiero subirme encima de ti y cabalgarte.

Esperaba algún tipo de resistencia por su parte. Hasta ese momento había sido él quien me había dado las órdenes y no sabía muy bien cómo reaccionaría. Pero necesitaba ver su cara. Ansiaba más contacto.

Álex se sentó en la silla. Me puse delante de él y le quité la camiseta blanca que aún se resistía. Rodeé el asiento con mis piernas y me quedé ahí un momento, saboreando los instantes previos. Una fuerza que me superaba me arrastraba hacia abajo.

—Venga, siéntate en mi polla. Es lo que querías, ¿no? Vamos a darte lo que deseas. Vamos a hacer que te corras una y otra vez.

A pesar de que hablaba en plural yo ya había aceptado que Leo solo quería mirar. No iba a insistirle. Quería que se arrastrara ante mí y se arrodillase, que me suplicara, aunque solo fuese con los ojos, que le permitiese metérmela. Exactamente lo mismo que hacía ya su compañero sin ningún problema.

Tuve que hacerlo despacio.

No estaba acostumbrada a ese grosor. La polla de Álex no era especialmente larga, pero sí recia y contundente. De esas que te ensanchan y te llenan. Enterré mis dedos en su melena y estiré de ella.

No pudo aguantar más. Al mismo tiempo que me taladraba hasta el fondo metió la cabeza entre mis tetas.

Empezó a lamerlas como un auténtico salido. Se puso rojo, como si estuviese haciendo el mayor esfuerzo de su vida.

Empecé a botar sobre su polla, buscando la máxima fricción con su pelvis. Solo así conseguiría mi merecido orgasmo que, increíblemente, había conseguido retener.

En aquellas circunstancias no me iba a ser difícil correrme dos incluso tres veces, si los chicos se aplicaban a fondo, pero quería aguantar un poco más.

Oí un gemido a mi espalda. Leo dio un paso corto hacia nosotros. Abrí la boca para recibirlo.

—Vamos, ven aquí —lo animé.

Observé su polla, a la que él no había dado ni un solo respiro desde que empezamos. Dudó un instante. Finalmente dio un paso más y la puso al alcance de mis labios.

No lo pensé ni un segundo. Me la metí en a boca y la saboreé como si fuera el mejor de los helados, mientras debajo de mí Álex seguía retorciéndose de placer. Su polla era una barra incandescente que probablemente ya se había insensibilizado. Parecía mucho más interesado en el vaivén de mis tetas, botando delante de su nariz.

—Dios mío, qué tetas. Nunca he visto nada igual.

Enterró de nuevo la lengua entre ellas y después buscó con avidez mis pezones. Primero el izquierdo y luego el derecho. Los succionó con fuerza. Creo que si alguna vez he estado a punto de desmayarme, de perder el control, fue exactamente esa.

Empecé a hacerle a Leo la mejor mamada de su vida. Noté que se destensaba en cuanto hundió sus dedos en mi pelo y me deshizo el moño desordenado con el que sujetaba mi larga melena. Dirigió mi cabeza. Eso, lejos de disgustarme, me excitó aún más.

Me la saqué de la boca solo un momento para preguntarle a Álex:

—¿Has tenido bastante con mis tetas?

—No. Eso nunca.

Lo ignoré de todas formas. Me levanté para cambiar de posición. Me senté de nuevo sobre su polla, pero de espaldas a él.

—Quiero que me las agarras desde atrás. Fuerte. Estrújalas.

Aquello fue música para sus oídos. No me iba a ver la cara de absoluto éxtasis que me producía tener dos pollas descomunales a mi alcance, pero sí que iba a disfrutar de un paisaje único, ver cómo su amigo descargaba sobre mí. Porque eso era lo que yo buscaba.

Apoyé las manos sobre las rodillas de Álex, me levanté un poco y dejé que él hiciese todo el trabajo.

Empezó a gemir de manera continuada. Estaba muy cerca de orgasmo.

Yo, por mi parte, me concentré en lamer la polla de Leo.

Su mirada penetrante, clavada en la mía, me estaba desarmando.

Las manos de Álex seguían amasando mis pechos. No había duda de que el tío estaba muy en forma.

—Me voy a correr. Estoy a punto…—gimió.

Aquello me hizo lamer la polla de Leo con más ganas. La notaba al fondo de mi garganta. De ella ya se deslizaba el “entrante”, un delicioso aperitivo de los que me esperaba. De repente Álex se paró en secó. Me agarró por los laterales del corsé y anunció que no podía más.

—Me corro. Me corro dentro. Hasta el fondo….

Noté una explosión de calor viscoso saliendo de su polla, dentro de mí. Me sujetó y salió enseguida para admirar la descomunal corrida. Yo, sin embargo, aún no había alcanzado mi clímax.

Y sabía exactamente qué hacer para conseguirlo.

CAPÍTULO 4

Me separé de Álex en ese instante y me fui a por Leo. Aquello no podía quedar así. ¿Qué era lo que le impedía hacer lo que tanto deseaba?

Me acerqué a su oído.

—Sé que lo quieres tanto como yo —murmuré, sin soltar su polla.

—No puedo…—murmuró.

Gruñó, girando el rostro. Ahí fue cuando supe que no podría negarse una segunda vez. Me detuve, esperando a ver qué hacía. Yo tenía mucha más experiencia que aquel chico. Me había proporcionado hermosas vistas, un paisaje que quedaría para siempre en mi memoria. Un tesoro para mi colección de postales calenturientas. Pero la realidad era que yo aún no me había corrido.

Rodeé su cuello con mis brazos. Mis pezones rozaban su portentoso pectoral. Eso desató otra oleada húmeda desprendiéndose de mi entrepierna.

Él resopló.

—Yo nunca…nunca…

Me quedé de piedra.

No. No podía ser.

Me acerqué aún más a su oído.

—¿Es tu primera vez?

No quería hacerlo. No quería preguntarle su edad porque era evidente que aquel chico rondaba bien entrada la veintena.

Aún así, dijo que sí. Asintió.

Rodeé su polla con mi mano. Noté la mano de su colega palpándome las nalgas, siguiendo el rastro resbaladizo que él mismo había dejado. Aquella confesión no había hecho sino aumentar mi deseo. Y los dos estábamos muy cerca de correrno, estaba convencida.

Se me ocurrió algo.

—¿Quieres que lo hagamos…sin hacerlo?

—No sé exactamente a qué te refieres, pero suena bien.

Lo cogí de la mano y lo llevé hasta el sofá. Álex nos miraba complacido, con las manos sujetando su nuca, dispuesto a no perderse ni un ápice de lo que allí sucediera.

Hice que Leo se sentara. Me acomodé sobre sus muslos, y enseguida me rodeó con sus brazos. ¿Era posible que aquel chico buscase un mínimo de afecto? No me lo había parecido. *Él solo va a mirar*, me había dicho su compañero. Pero estaba claro que no quería limitarse a eso.

—¿Te has calentado mirándonos, verdad?

Agarré su polla y la sostuve con la mano. Pegué mi coño a ella y empecé a moverme arriba y abajo, buscando la máxima fricción. La rodeé con los labios mayores, y empecé a moverme, arriba y abajo. No iba a apoderarme de su virginidad, si es que realmente aún la conservaba.

Tenía que regalármela él.

Leo empezó a gemir de nuevo.

Me moví más rápido, y cuando ya no pudo más, me agarró de la cintura, me levantó con un solo brazo, e hizo que me arrodillase sobre el sofá.

Grité de puro placer mientras me agarraba al respaldo, preparándome para lo que venía.

Me agarró del pelo deshecho y me la metió hasta el fondo.

—¡Ugh! ¡No sé si voy a aguantar mucho! —exclamó.

A mí ya me daba igual. Yo estaba a punto de desbordarme por fin, de ver las estrellas que me habían sido privadas durante mucho tiempo. Sabía muy bien lo que me había llevado al límite del precipicio: el simple hecho de que no se pudiese aguantar, de que al final hubiese tenido que follarme, al igual que su compañero.

No sé cuántos minutos duró. Sé que con cada embestida más me colmaba de felicidad: me sentía plena, desbordada por las atenciones de aquellos dos jóvenes bomberos. Observé cómo Álex volvía a masturbarse.

El rubio se echó sobre mi espalda y volcó más palabras sucias en mi oído.

—Te has salido con la tuya, ¿verdad? ¿Es esto lo que querías? Vivir para siempre en mi imaginación. Que te recuerde hasta el último de mis días.

—¡Sí! —grité.

Buscó mi clítoris con sus dedos y lo estimuló con furia, con un intenso movimiento circular.

Grité, corriéndome como nunca.

En ese momento Leo se salió, derramando su semen sobre la parte trasera de mi corsé, arruinado para siempre, convertido ya en la pieza más preciada de mi colección.

Me acompañaron un rato más, pero no mucho. Alegaron un motivo comprensible: sus compañeros los esperaban, aunque ya habían acabado su turno. Aún así debían devolver el camión de bomberos a la estación. Ambos me besaron en el cuello antes de irse y me prometieron una visita que, estaba convencida, jamás se produciría.

Supe que era una mera cortesía. Tal vez nada de lo que hiciésemos de nuevo estaría a la altura de lo que había pasado esa tarde.

Ya no sería la primera vez para ninguno.

Lo que sí supe fue que recordaría mi primer trío cada vez que viese algo arder.

Cualquier cosa.

Un fogón, una vela, un contenedor.

Las llamas crecerían en mi imaginación, y entonces sería el momento de llamar a los bomberos.

CONTENIDO EXTRA

A continuación puedes leer el primer capítulo de mi relato A SOLAS CON EL DIRECTOR (¡ya disponible en Kindle!)

CAPÍTULO 1

Irritante. Esa era la primera palabra que me venía a la mente si tuviese que definir a Leo Márquez. Un incordio. Un soberano coñazo.

—Vamos, no me mires así —me dijo el muy cabrón, exhibiendo media sonrisa—. No pensabas que íbamos a dejar pasar esa entrevista, ¿no?

Lo estaba haciendo para fastidiarme.

—No entiendo por qué quieres ponerme en esa posición, sabiendo que…

—¿Sabiendo qué, Adriana?

Me callé. No tenía sentido discutir con Leo.

—Es un poco tarde. Mejor lo dejamos para otro momento.

Me di la vuelta y me marché a mi camerino. Eran ya las once de la noche pasadas y quería quitarme todo ese maquillaje y largarme a mi casa.

En cuanto llegué a mi habitación cerré la puerta y respiré hondo. Llevaba catorce años —se dice pronto— trabajando como presentadora de televisión en un programa deportivo de noticias nocturno, y era la primera vez que uno de mis directores me retaba de forma tan flagrante.

Me senté delante del espejo y me quité aquellos pendientes que tenía que llevar por contrato. No sabía muy bien los detalles. Eran de la amiga de algún patrocinador, un compromiso de alguien, ni siquiera había preguntado.

Lo odio, pensé. *Pero cada vez que aparece por el plató, mi cuerpo se tensa.*

No eran nuestras discusiones lo que me cabreaba. Leo era, a todas luces, un niñato con ínfulas, bien relacionado en el mundo del periodismo deportivo que había logrado escalar a toda velocidad hasta conseguir la dirección de un programa, con apenas veintiocho años.

De *mi programa.*

No podía decir que no lo hacía bien. Era bueno en su trabajo. Yo misma había sido directora del espacio hasta hacía unos años y sabía bien el trabajo que implicaba. El problema era que Leo parecía tener algo personal contra mí.

No sabía qué era.

Al principio pensaba que quería ponerme de patitas en la calle, acabar con mi carrera. Conduzco un programa informativo nocturno, de esos que solo ven los noctámbulos o las personas con insomnio. No somos un espacio de debate. Y la audiencia está más que acostumbrada a mi rostro y mis gestos. Son catorce años delante de la pantalla y yo tengo cuarenta y seis. Pero esos catorce años me avalan.

En los ocho meses que me ausenté del plató por puro hartazgo —decidí tomarme unos meses libres de empleo y sueldo para viajar y reflexionar— los telespectadores inundaron la redacción pidiendo mi vuelta.

Me echaban de menos.

Así que volví.

Y durante los últimos años he conseguido permanecer anestesiada y ser el perfecto busto

parlante que resume la jornada deportiva.

Hasta que llegó Leo, hace solo unos meses.

Hundí mi rostro entre las manos. Cada vez que discutíamos pensaba en lo mismo. En cómo deseaba que me agarrase de un brazo, me condujera a la mesa desde la que presentaba el programa, me obligara a inclinarme y me follase como era debido. Cada encontronazo que teníamos, cada discusión, acababa con esos pensamientos sucios y avergonzantes. Era un tortura diaria.

Lo odiaba y lo deseaba al mismo tiempo.

No tenía la menor idea de si era correspondida. Al principio pensaba que no, porque Leo, me guste o no, es mi jefe, el director de nuestro equipo, y aunque yo cuente con más experiencia que él he de ceñirme a sus indicaciones. Desde que llegó pensaba que no le caía demasiado bien.

Pero desde hacía unas semanas, tenía serias dudas. Era como si me buscase, como si persiguiese el conflicto para hacerme estallar. Eso era casi literal. Durante una de nuestras últimas discusiones había pasado algo ridículo. Los dos últimos botones de mi camisa, una prenda que claramente no era de mi talla, se me habían abierto de pura rabia, cuando gesticulaba.

Leo no me avisó. Solo me di cuenta cuando vi que sus ojos se clavaban en mis generosas tetas y se humedecía los labios de forma evidente.

El tono de sus palabras se suavizó en cuanto avistó mi abundante escote. El maldito cabrón se estaba relamiendo.

Por cierto, gracias a Dios que aquello no había pasado durante el programa.

Me desmaquillé y me puse ropa más cómoda. Dudaba que me lo encontrase merodeando por el estudio esa noche. El tono de nuestra última discusión había sido un poco más elevado de lo normal, pero consideraba que Leo había cruzado una línea roja.

Había invitado al programa a Tom Beigder, un experimentado entrenador de futbol que volvía a nuestra liga después de muchos años trabajando en Italia y que, sorpresas de la vida, había sido uno de mis amantes.

De eso habían pasado más de diez años. No es una historia de la que me sienta particularmente orgullosa, sobre todo porque trascendió. Y porque él estaba casado. Nos pilló un fotógrafo saliendo de su hotel. Nuestro *affaire* supuso un sonado divorcio para él. Las consecuencias para mí no fueron tan graves. Más bien al contrario. De repente yo era más conocida. Nuestra audiencia aumentó y se mantuvo con un buen *rating* en los siguientes meses.

Pero, en fin, el tiempo pasa y trae el olvido, y ahora aquel idiota de Leo se empeñaba en desenterrar fantasmas del pasado.

No había mucho que discutir: al día siguiente Tom, mi antiguo amante, estaría en el plató y yo tendría que entrevistarlo. Era indignante. Ninguno de los directores del programa que habían circulado por el despacho durante todos esos años se había atrevido a tanto.

Esa noche me fui a casa cabreada con razón. Me metí en la cama a eso de las tres, como todas las noches, y cerré los ojos, tratando de mentalizarme para el programa del día siguiente. Mientras, trataba de organizar mis ideas y pensar en cómo afrontaría aquel encuentro con Tom después de tantos años sin vernos.

Pero ahí, en mi conciencia, seguía mi deseo latente. Me horrorizaba reconocer que ansiaba las manos de mi jefe sobre mi cuerpo. Cada vez que discutíamos aumentaban mis ganas. Y lo peor de todo era que algo me decía que iba a pasar lo que tanto ansiaba.

***

Continúa leyendo esta historia en A SOLAS CON EL DIRECTOR.

Haz clic en **“SEGUIR”** en mi página de autora de Amazon para recibir notificaciones sobre mis nuevos relatos.

Otros títulos disponibles:

El desconocido del metro
A solas con el director
El hijo de mi mejor amigo
Niñato